



## TATUAJE

Esta madrugada, como tantas otras, el viejo no puede dormir: se da vueltas en su cama, se tapa, se destapa, abre y cierra los ojos. En su velador: un vaso con agua, los lentes, un libro a medio leer y una foto borrosa. A los 87 años, ya no se puede plantarle la mirada a la soledad. Hace más frío. Poco sueño y mucho cansancio.

Pero, lo más terrible es su problema con los recuerdos. El insomnio es insoportable por el simple hecho de no poder recordar. Hace tiempo que se mira en el espejo. Con mucho esfuerzo intenta saber cuál es su nombre: ¿Boris? ¿Gustavo? ¿Marcelo?

Después de muchos intentos y nombres pululantes en la laguna del olvido, no avizora ninguno.

Pero algo en su cuerpo lucha contra su falta de memoria. En su muñeca derecha, dibujado con tinta negra, un tatuaje se niega a perderse entre las arrugas ALICIA. El viejo lo recuerda todo. Cada detalle: la aguja penetrando en su piel, el sonido del motor de la máquina de tatuar, el ambiente, el frío y sobre todo, a ella.

Cómo olvidarse de aquella mañana, cuando la llamó y le dijo:

-¡Vamos!  
-¿A dónde? -le preguntó confundida ella-

-Donde un tipo. Que nos va a dibujar el destino en la piel

Luego de eso, el destino los terminó dibujando a ellos. Cada quién por su lado, vivió su propia novela y escribió su propia historia. Y aunque no estaban juntos y no nacieron para estarlo, de alguna manera cada uno llevaba una parte del otro entre esas líneas imborrables.

Con una enorme sonrisa, el viejo se duerme por fin.

A la misma hora, pero a kilómetros de distancia, una vieja lucha contra la enfermedad del olvido; se da vueltas en su cama, abre y cierra los ojos, se mira en el espejo e intenta recordar su nombre: ¿Amanda? ¿Belén? ¿Daniela? Ninguno la convence. Entonces, se mira la muñeca izquierda y el único nombre que siempre le trae al presente, se nie-

ga a perderse entre sus arrugas; le grita con tinta rosada ISMAEL. Ella también lo recuerda todo. Los mismos detalles y el juego del destino.

Cada quien por su lado, por su parte y a su manera se hace compañía, y ahora que son solo un par de ancianos con un puñado de recuerdos que se resbalan entre sus dedos, luchan contra la falta de memoria, la misma que no les permite recordar su matrimonio, su divorcio, su despedida.

Con una lágrima que resbala por su mejilla, la vieja se duerme por fin y se sume en el sopor del olvido.



# GABRIEL MEJÍA

“el arte en la escultura”

“Me encanta la escultura, Probablemente porque puedes dar vida a algo que aparentemente no la poseía y por el poder otorgarle una expresión, gestualidad o una posición a un pedazo de arcilla”.



Foto: Gabriel Mejía



Gabriel Paul Mejía, estudiante de quinto semestre de la carrera de Comunicación Social, hoy nos permite introducirnos en el fascinante mundo de la escultura.

“Gabo” como lo llaman sus amigos, a sus 23 años de edad, nos cuenta su pasión, sus sueños y un poco de su vida: envuelta en una de las bellas artes, la cual le permite crear volúmenes y crear espacios, la escultura.

Gabriel recuerda que su padre y su madre solían comprarle plastilina en lugar de cualquier otro juguete. Así desde temprana edad, imaginaba y creaba figuras con sus manos.

## su primera escultura

Fue hecha con plastilina; era un gran dinosaurio, pues en su niñez le asombraba la majestuosidad de esas enormes bestias.

“Comencé con la escultura y posteriormente con la pintura, ya que mi instrucción fue empírica a pesar de que mi padre sea un pintor y escultor de profesión. Creo que el dominio de los materiales como el acrílico, óleo, yeso y barro, fueron los provocadores de mi afición a la escultura y a la pintura”

## inspiradores

“Mi padre que me abrió este maravilloso mundo del ser en dos y tres dimensiones y de Ron Mueck, un escultor Hiperrealista”.

Así, agradecemos el vistazo frugal y rico que Gabo nos ha brindado al hacernos partícipes de su creación y saber que como estudiante de la carrera siempre se está dispuesto a lo multifacético, pues así es la vida salesiana.





## taller de **FOTOGRAFIA**

**U**na vez alguien me dijo te invito a pixelear, el término me sonó extraño, tanto como carretear o *Sabinear*, me pareció un juego de palabras algo tonto, pero luego le encontré sentido; implicaba ponerle tu mayor pasión a todo lo que realizas, desde despertarte y bostezar, hasta luchar por cumplir tus metas.

Hoy salí a pixelear, a captar con una lente hechos y momentos a los que rara vez les presté atención. Mi pasión indudablemente no es la fotografía, pero ahora sé que nunca sabrás lo que puedes lograr si no te atreves a intentarlo...

Les invito entonces a pixelear por El Barranco



Juan Chimbo



Estefania Contreras



Carlos Grande Cruz  
2011